

Y llegó á Nápoles por aquellos días el gran duque finlandés Vladimir, joven apuesto, lujosísimo, lleno de gracias cortesanasy de habilidades viriles, que danzaba con tanto primor como montaba y enfrenaba un potro brioso; y que así lucía ante las damas su florido ingenio y garbo caballeresco, como cercenaba miembros con la corva espada en lo más recio de las lides. Acompañado de brillante séquito, desplegando opulencia deslumbradora, presentóse en la risueña Parthénope, dando mucho que decir á los periódicos, que envidiar á los hombres, y que soñar y suspirar á las damas.

Sintióse Olga subyugada por tanta brillantez, y creyó ser amor acendrado lo que sentía hacia el gran duque, aunque no era en verdad mas que deslumbramiento y admiración; y dejándose cojer en la espléndida red que le tendió el noble personaje, unió su suerte á la del príncipe, y le dió la mano de esposa al pie de los altares.

Nada supo de ello David, porque á sus oídos no llegaban los ecos del gran mundo; pero una tarde que caminaba por las revueltas callejas del jardín de Chiaia con el arpa á la espalda, oyó el ruido de un carruaje

que pasaba velozmente, y volvió instintivamente la cabeza. Era un landó descubierto, tirado por briosos y hermosísimos frisonesy ocupado por un caballero y una dama. Era hermoso el caballero: rubio, blanco, con ojos azules y grandes mostachos militares, cuyas puntas le subían hacia los ojos; vestía chaqueta azul bordada de oro, y llevaba en la cabeza un redondo gorro de pieles tumbado hacia la oreja derecha con gallardía. La dama, radiante de belleza, vestida con brillantes atavíos, y encajada de riquísima pedrería, era la princesa Olga. Cruzó el coche la estrada en un momento, alejóse con prontitud y se perdió en distante enrucijada; pero David permaneció largo rato como clavado en aquel sitio, deslumbrado y con el alma oprimida por cruelísima congoja.

—A fe mía, hacen buena pareja los recién casados—dijo un transeunte.

--Ambos son hermosos --repuso otro.

—El gran duque Vladimir es más apuesto—murmuró una voz de mujer.

—Eso no -- saltó la de un hombre -- la princesa Olga es una maravilla superior á cuanto ha creado Dios.

Sintió el mísero arpista penetrar en su

corazón un frío doloroso, cuya explicación no pudo darse; arrimose á un árbol para no caer, y dos gruesas y brillantes lágrimas resbalaron temblando por sus mejillas. Sacudió luego la cabeza, como si tratase de disipar pensamientos dolorosos, y prosiguió el camino al acaso, sin saber á donde ir, ni qué hacer. Desde entonces no volvieron las cuerdas de su arpa á despedir notas alegres; sino dolientes y tristes, como sollozos. Y la robustez y rosagancia del mancebo fueron menguando, como si un mal interno minara su naturaleza.

No de otro modo el árbol, cuando se siente bañado por la corriente donde retrata su follaje, crece lleno de vida, extiende sus ramas y sirve de abrigo á las aves parleras que cantan á la naturaleza; pero cuando la linfa deja de bañar sus raíces, inclínase hacia la tierra, despójase de su verdura y no es ya visitado por los alados cantores de la luz y de los campos.

IV

Empero ¿qué arcanos oculta el corazón?; ¿quién puede conocer sus ansias?; ¿qué pensamiento alcanza á penetrar sus abismos?

Olga no era dichosa. Unida con lazo eterno al príncipe más hermoso, rico, venturoso y celebrado del imperio moscovita; habitando alcázares espléndidos en San Petersburgo, donde brillaban unidas la molición oriental y la elegancia europea (palacios bizantinos que hubieran envidiado Eudoxia ó Teodora); ceñida de sedas y ricas pieles; con diademas de piedras preciosas en la cabeza y collares de gruesas perlas en la garganta; festejada, adulada, llevada en triunfo por donde quiera: sentía en el corazón un grande, un inmenso vacío, que nada podía llenar. Parecíala que se había frustrado su destino, que se había extraviado su senda, que todo cuanto la rodeaba le era extraño, y que estaba hecho para que lo gozaran otros sentidos, otra vocación, otra vanidad, y no los suyos. Y suspiraba en medio de tanto fausto, con la desolación de un naufrago en isla desierta, cuando habiendo zozobrado la nave en que caminaba hacia playas espléndidas, se halla solo en la extensión infinita, sin una mano cariñosa que le ampare, ni una voz amiga que dé respuesta á sus quejas.

Y era que el gran duque Vladimir, aunque brillante y hermoso, era un espíritu

vulgar, sin alas para cruzar el espacio, sin afaes que le impulsaran á soñar, sin afectos profundos que diesen llama viva á sus ojos y arrebató á su palabra. Era un gran señor, bien hallado con su posición y ufano con sus triunfos, que se sentía feliz con las venturas que gozaba, y que no hubiera deseado más, por límite de sus ambiciones, que vivir dos ó tres siglos, siempre joven, rico y festejado. Los saraos, los teatros, la caza, los hermosos corceles, los trajes espléndidos formaban su delicia; y cuando salía de su palacio bien ungido de esencias, bien hecha la raya del peinado y vestido á la última moda, sentíase orgulloso de sí mismo, y respiraba con la fruición de un mortal satisfecho. No era así ciertamente como se lo había figurado la princesa. Había hecho de él un dechado de perfecciones, y cuando fué conociendo gradualmente la escasa elevación y la insignificancia de su ser moral, cayó en profunda tristeza, y entregóse á la soledad con el afán propio de su carácter, negándose á participar de las aplaudidas fiestas de la ciudad imperial. Instábala al principio Vladimir á que sacudiese la pereza y le acompañase en sus brillantes correrías

por teatros y salones, y aun pretendió que- darse en casa y hacer vida retraída para acompañarla en su voluntario apartamiento; pero tan difícil era que Olga tornase á los festejos de la corte, como que Vladimir se aviniese á la constante clausura del hogar; así que tras breve lucha y frustrados esfuerzos por conservar la unión, dióse por vencido el gran duque, y transigiendo con el humor melancólico de su esposa, dejola sumida en sus meditaciones en el fondo del alcázar, y continuó su vida de placeres y pasatiempos, como si no estuviese ligado á mujer tan hermosa por el vínculo del matrimonio.

Así se llevó á efecto el divorcio moral de los jóvenes. Naturalezas incompatibles, no habían nacido para unirse. La aberración de su fantasía habíales llevado á los altares; pero caída la venda de los ojos, comprendieron su error, y cayeron en cuenta de que no habían nacido el uno para el otro. U Olga debía ser más frívola, ó más soñador Vladimir; y como ambos acomodamientos eran imposibles, quedóse cada cual en su puesto, mutuamente disgustados de su compañía, y deplorando en lo íntimo del corazón haber ligado con eterno lazo sus dis-

cordes existencias. ¡Lúgubre situación la de dos almas que se sienten unidas con cadena pesadísima de hierro, y que lloran sus destinos frustrados, maldiciendo la senda que tienen que cruzar juntos, la interminable donde se proyecta su negra silueta de forzados!

Así era la vida del gran duque y de su esposa. Volaba demasiado el espíritu de ésta; arrastrábase demasiado el espíritu de aquél: era la unión del águila y de la tortuga. Estaban unidos, no casados; vivían yuxtapuestos, no identificados; y su armonía era tan imposible como la del acento del ruiseñor y el graznido del cuervo.

V.

Una fría mañana del mes de Enero, hallábase Olga sentada al balcón detrás de los cristales, mirando caer los copos de la nieve. Cruda era la estación. Las aguas del Neva habían parado su curso, tornándose como de mármol. Sobre ellas pasaban peatones, coches y caballos. Cubiertos los campos con blanco sudario, parecían encerrar el cadá-

ver de la naturaleza; los árboles sin follaje, tendían al cielo los brazos como en demanda de auxilio; las aves no cantaban ni cruzaban el espacio. El cielo, la tierra, el aire, todo era desolación, silencio y tristeza.

Así estaba también el alma de la joven. Muerta la luz de sus ilusiones, enmudecida la voz de sus esperanzas, extinguido el fuego de su corazón, no pensaba ya en el porvenir, ni comprendía la existencia, ni tenía norte que guiara sus pasos. Por fortuna era víctima del mal de Chopin; estaba desahuciada por la ciencia y eran contados los instantes de su vida.

— Gran redentora, pensaba con alegría invocando á la muerte; de tí lo espero todo. El mundo está vacío, no es la urna henchida de perfumes que quise aspirar con delicia; es un cementerio donde reina el silencio. Voy por un camino obscuro, donde no tendrán remedio mis penas. Sólo tú que rompes todo yugo y cortas toda ligadura, me librarás de este prolongado tormento. ¡Ven á darme el ósculo de la eterna paz y del éxtasis perpetuo!

Así pensaba Olga recordando los días mejores en que esperó ver surgir en su ca-

mino un ser espléndido, que llenara de luz y alegría todos los rincones de su corazón, todos los arcanos de su alma. Y sin saber cómo ni por qué proceso misterioso de las ideas, recordó los días venturosos que pasó en Nápoles, y tornó á ver aquel golfo turquí obscuro, rizado por la brisa; y las islas que le exornan, como sarta de brillante pedrería; y los montes que le circundan, con sus aldeas en las faldas, como nidos de palomas; y su eterno penacho de humo, que se agita sacudido en níveas ondas al soplo del viento. Y pensó en el músico desconocido que supo traducir fielmente el estado de su alma, aquella mañana radiosa en que se abismaban sus miradas en la etérea lontananza donde se tocan y confunden las líneas azules de las aguas y el cielo mediterráneos. Al influjo de estos recuerdos é imágenes, se estremeció pensando cuánto había cambiado desde entonces su destino; pues en tanto que por aquel tiempo esperaba y podía esperar, ahora no esperaba ya, ni tenía derecho á la esperanza.

De pronto oyó un tañido de cuerdas en la calle. Era el registro de un arpa, que rompía el silencio de la ciudad con sus no-

tas argentinas. Aplicó el oído, y escuchó aquella música con la intensa delicia con que se oye la voz de una persona amiga, y acercando el rostro á los cristales, vió á David que tañía su instrumento frente al palacio, como lo hiciera en Nápoles al pie de sus balcones. Y antes de pensar lo que hacía, abrió los cristales sin temor á la nieve, y gritó desde lo alto:

—¡Sube, amigo mío; has tardado mucho!

Y subió en efecto el arpista, como lo hiciera en otro tiempo á la orilla del golfo parthenopeo, y saludando á la noble dama, dispúsose á pulsar el misterioso cordaje.

Harto deteriorada estaba ya el arpa. Amortiguada la brillantez del oro, lastimada en diversos puntos y lugares por choques fortuitos con objetos resistentes, aparecía opaca y descolorida, perdida su antigua hermosura; era un resto lastimoso de lo que había sido en mejores días. Su dueño no parecía más bien tratado por el tiempo: lívido y con los ojos hundidos, era como la sombra de sí mismo.

Miró la princesa el triste cuadro con desconsuelo, y suspiró amargamente, pensando que ella tampoco tenía lozano aspecto. Gas-

tada por dentro y por fuera, apenas podía tenerse en pie; su vitalidad se había refugiado en el cerebro, y el fuego de su fantasía la devoraba, como el carbón se consume en fuerza de ser brasa.

—¿Qué haces por acá?—preguntó la princesa al pobre músico. ¿Por qué has dejado tu bendita tierra de luz, de color y de poesía, por estas ingratas comarcas donde reinan el hielo y la tristeza?

—Os buscaba, señora. He cruzado á pie y descalzo la Europa, con el anhelo de veros.

—Penoso debe haber sido el viaje—articuló la princesa sin sorprenderse por lo que oía.

—Así lo ha sido.

—Más largo, más triste y más penoso que el tuyo ha sido el mío. ¡Pluguiera al cielo que mis penas hubiesen sido como las tuyas!

—¿Sois desgraciada?

No pudo contestar la princesa. Anudósele la voz en la garganta y ríos de lágrimas brotaron de sus ojos.

.....
Aunque roto y desvenecijado, el poderoso instrumento no había perdido sus vibraciones de antaño. La misma resonancia, el

mismo encanto incomparable de otros días conservaban sus cuerdas; y ahora como entonces, sabían penetrar sus notas muy hondamente en el corazón, como saetas y harpones vibrados por divinas manos.

Sacudieron las del bohemio aquel mundo de dormidas armonías, y á su conjuro despertáronse cantando, como nidada de pájaros puesta en movimiento por los rayos del sol; llenaron la instancia como mariposas sonoras que voltijeasen por el aire, subiendo, bajando, agitando las leves y cadenciosas alas en todas direcciones; y por los embelesados oídos de la princesa, hallaron el camino de aquel corazón, á donde fueron á condensarse, modulando sus más tiernos sollozos. Era aquella música un canto amoroso, un himno de adoración nunca expresado antes de ahora, y que Olga entendía como si ella misma lo hubiese compuesto; éxtasis tierno y melancólico, lleno de confianzas y de pureza. Era el lenguaje de su propia alma, que tornaba á oír por segunda vez, y á cuyo influjo sentía ensancharse el corazón, espaciarse el pensamiento y extenderse en piélago de luz, la risueña lontananza.

Larga, negra y espantosa había sido la noche; la pesadilla prolongada y dolorosa y profundísimo el letargo. Mas ya las sombras se disipaban, los términos del oriente comenzaban á blanquear, y los misteriosos rumores de la naturaleza renacían por todas partes. Píaban las aves entre las ramas y agitaban las alas en torno de los nidos. Iluminábase el horizonte con luz de incendio, y las nubes se teñían de vivo color, semejante al del oro fundido. Alegrábanse los campos y rompían en un himno triunfal á la mañana, á la nueva luz que vence las tinieblas; y al fin se levantaba por el cielo, como globo de lumbre, el astro rey del día.

Así lo describió el arpa; y así lo comprendió la princesa. La intensa emoción que la dominaba, infundióle la animación trágica de la lámpara antes de apagarse. Despidieron luz sus ojos fascinados; enclavijadas las manos dirigiéronse á las alturas, como en señal de súplica, y extendidas luego las palmas, se adelantaron á David, como en demanda de amparo. Convulso su pecho, sollozó con violencia; y sus ojos derramaron lágrimas que inundaron sus mejillas. Y haciendo un supremo esfuerzo,

envolvió al bohemio en una mirada inefable y articuló con acento apasionado:

--¡Te amo!

.....
La intensidad de la emoción agotó sus fuerzas. Fué un choque espantoso. La luz llegó á su espíritu con el estrago de un rayo. Llevóse al pecho ambas manos y cesó de respirar. Cayó sobre el sitial con el rostro vuelto hacia arriba, y quedó con los ojos entreabiertos.

En aquellos momentos había llegado el músico á la parte más inspirada de su himno de triunfo.

VI.

Así terminó aquella existencia poética, á impulso de un dolor, de una emoción, de un ensueño. Aquellas almas románticas se conocieron en su peregrinación por la vida; pero las hizo dudar de su sino la vestidura que las cubría, tosea en la una, brillante en la otra, y permanecieron alejadas.

¡Oh Dios! ¡Cuántas como éstas se sienten atraídas por imán misterioso, y nunca llegan á juntarse!
